

SITUACION Y TRAYECTORIA ACTUAL DEL NACIONALISMO EN MAGHREB AL AQSA

EL planteamiento y la evolución de todas las cuestiones que se refieren al Maghreb Al Aqsa, es decir, a los territorios del antiguo Imperio de Marruecos, se encuentran hoy determinados, o por lo menos siempre directamente influidos, por la existencia, el desarrollo y la acción del moderno movimiento político de juventudes que se conoce con el nombre de nacionalismo. Por tanto resulta que, como Marruecos es un país fundamental entre todos aquellos a los que se extiende el campo de estudios e información de estos CUADERNOS DE ESTUDIOS AFRICANOS, es necesario trazar esquemáticamente las grandes líneas originarias del nacionalismo en lo referente al conjunto marroquí y, sobre todo, a la extensa zona francesa. Eso resulta tanto más urgente y necesario en cuanto que los juicios que sobre esto suelen hacerse pecan algunas veces de *parti pris*, juzgando sobre los hechos antes de haberlos observado objetivamente, y otras veces considerando sólo algunas de las facetas parciales de dichos hechos. Huyendo de esos inconvenientes y, a la vez, evitando toda interpretación y toda preferencia personales, tratamos aquí de marcar las líneas generales previas del planteamiento, con el objeto de que sirvan como complemento a las «Crónicas del Mundo Árabe» en la marroquí. Aunque dejando para otra ocasión las derivaciones parciales de la cuestión en los territorios del Protectorado español, no sólo porque atendiendo a su pequeño tamaño todo toma allí un reducido aire local, sino porque espiritualmente el tema se presenta en ellos con características muy diferentes.

Teóricamente habría que comenzar refiriéndose a las peculiares características geográficas e históricas que han dado a Marruecos originalidad y una tradición nacional propia dentro del Maghreb, Berbería o «Africa del Norte», así como a lo que de esa tradición recogieron y conservaron los acuerdos internacionales y binacionales, tan-

to antes como después del Acta de Algeciras de 1906 y de los acuerdos de Protectorado en 1912. Pero todo eso, aunque puede constituir un fondo de argumentos nacionalistas, no es el nacionalismo reciente, movimiento de juventudes que ha nacido precisamente determinado por el ambiente de los protectorados y dirigido por personas que se habían formado en él.

En este sentido no es paradójico afirmar que las bases principales de toda la transformación política moderna de los «jóvenes marroquíes» estuvieron en la labor del Mariscal Lyautey. El sentido práctico y el golpe de vista realista que caracterizaban al creador y formador del Protectorado francés le permitió ocupar y organizar con el máximo de eficacia la mayor parte de aquel Marruecos a pesar de hacerlo con el mínimo de elementos (sobre todo por causa de que Francia estaba ocupada con la guerra europea y la postguerra). Lo consiguió con lo que se llamó su «política de la taza de té», es decir, gracias a que la mayor parte de su labor la realizaba utilizando a los marroquíes. Esto lo consiguió porque no trató de reemplazar las instituciones marroquíes por otras nuevas, sino ir colocando al lado de ellas todo lo de que ellas carecían, rellenando los grandes huecos de las necesidades modernas para las que los marroquíes no tenían entonces elementos ni antecedentes. Así, mientras el viejo Majzén o armazón estatal sultaniano seguía funcionando en lo puramente tradicional, al lado se iban colocando los servicios francocherifianos para telégrafos, ferrocarriles, catastro, hidráulica, sanidad, instrucción pública, etcétera. Todas las cosas nuevas, que en realidad estaban destinadas a sacudir y volver del revés la vida musulmana secular, iban siendo aceptadas por los más celosos marroquíes «oficiales» o majzenianos gracias a que el Mariscal insistió frecuentemente sobre el carácter nacional del Estado y el pueblo de Marruecos (1). Para mayor eficacia en esa labor de captación que le imponía su plan cuidadoso de hacer la mayor cantidad de cosas y obtener el mayor rendimiento urgente con la menor cantidad de esfuerzos y elementos, fué el Mariscal creando nuevas escuelas (como las de hijos de notables y ciertos colegios superiores), unas promociones de jóvenes (generalmente pertenecientes a familias preeminentes de la corte, la admi-

(1) «Ici nous avons réellement trouvé un Etat et un peuple» (Dic. 1920) LYAUTEY. «Nous nous sommes trouvés au Maroc en face d'un Empire historique et indépendant.» R. O. 1916.

nistración, los cuadros religiosos o el comercio) que deberían asegurar un enlace suave entre los jefes tradicionales, que aún tenían la fuerza, y los nuevos servicios modernos, que debían funcionar con el concurso de toda la población.

Después de Lyautey, durante los períodos de los Residentes Théodore Steeg y Lucien Saint, la política del Mariscal, que estaba hecha a la medida del ambiente marroquí, fué sucesivamente sustituida por otras que en cierto modo pudieran llamarse «argelina» y «tunecina». Es decir, durante el período de Steeg imperó un deseo de subordinarlo todo a la valoración económica en gran escala por medios capitalistas y a la implantación de una colonización oficial del Protectorado, o sea la instalación de terratenientes de origen no marroquí, sobre los mejores terrenos que el acondicionamiento agrícola iba dejándoles disponibles, apoyándoles luego con importantes subvenciones. Durante el posterior período de Saint se introdujeron (un poco artificialmente) problemas de distribución y preponderancia de grupos raciales. Todo eso, unido a consecuencias de crisis económicas y al hecho de que la utilización de cuadros locales hecha por Lyautey había disminuído mucho, hizo aparecer al nacionalismo (2).

El 16 de mayo de 1930 fué el día simbólico que le dió origen, y desde entonces fué anualmente conmemorado. La fecha correspondió a la publicación en ella del después famoso «Dahir bereber», decreto por el cual se sustraían a la jurisdicción de los tribunales coránicos los territorios de las tribus de lenguajes y usos locales bereberes, territorios en los cuales sólo regirían unos tribunales consuetudinarios directamente influídos por los caídas locales. Como esos caídas a su vez estaban intervenidos directamente por los «contrôleurs» franceses de las zonas rurales, el Dahir produjo a las «élites» de las ciudades el efecto de que le iban a quitar a Marruecos todas sus regiones montañosas. Los jóvenes modernizados organizaron entonces en Salé, Rabat, Fez y otros sitios, una serie de protestas, que a su vez provocaron represiones y detenciones, iniciándose luego un estado de inquietud que incluso repercutió en Argelia, Túnez y países árabes del Próximo Oriente, en todos los cuales se dijo que el Dahir trataba de separar a los bereberes del Islam.

Como a pesar de todo el Residente Saint seguía firme en sostener

(2) «Le nationalisme est un parti de jeunes constitué par la première génération des jeunes gens sortis de nos écoles.» (*France D'Outremer*, 1950.)

el Dahir, la protesta general se organizó, aunque no en Marruecos, sino en París, donde desde julio de 1932 comenzó a publicarse en francés la revista «Maghreb», en cuya portada figuraban como miembros de la dirección y de una especie de patronato los nombres de varios políticos e intelectuales de izquierda o centro-izquierda franceses y españoles, pero que en realidad estaba hecha detrás de la cortina por algunos jóvenes marroquíes cuyos nombres más destacados eran Ahmed Balafreg, Mohamed el Fasi, Mohamed Bel Hasan Uazzani, Mohamed Lyazidi y Omar Ben Abdelgalil. La revista «Maghreb» siguió publicándose hasta mayo de 1934. Entretanto en Fez la detención de un joven teólogo, llamado Al-lal el Fasi, por causas puramente religiosas, hizo que éste luego se uniese a los de «Maghreb». En mayo, suprimiendo la revista, se fundó el «Comité de Acción Marroquí» en el cual figuraban, junto con Al-lal el Fasi, los nuevos nombres de Abdellaziz Ben Idris, Mohamed Diuri, Mohamed Meki Nasiri, Abu Bekr Kadiri, Mohamed Ghazi y Ahmed Charqavi, junto a los antiguos de Bel Hasan Uazzani, Lyazidi y Abdelgalil. Los diez redactaron, firmaron y presentaron al Sultán, al Residente Henry Ponsot y al Jefe del Gobierno de París los textos en árabe y en francés, de un «Plan de reformas marroquíes», con trescientas cincuenta peticiones en los cuales lo esencial era basar estrictamente todo el régimen administrativo en los acuerdos internacionales, como el Acta de Algeciras y el Tratado francomarroquí de 1912, aboliendo todas las leyes que tendiesen a una administración francesa directa, y haciendo representar al Sultán en todas las reuniones, comisiones y organismos oficiales por medio de marroquíes competentes. También pedían que las oficinas y los servicios dependiesen de los ministros de un Gobierno marroquí, que se abriesen a los marroquíes los puestos de la Administración, se hiciese un Código de Justicia único, se crease una Asamblea Nacional Legislativa, etc., etc.

Entre el verano de 1934 y el de 1936 hubo una pausa, durante la cual, por una parte los del Comité esperaban que se respondiese al «Plan», y por otra, el Dahir de 1930 quedó muy atenuado desde que en 1934 se estableció, dentro del Alto Tribunal Cherifano del Majzen, una sección consuetudinaria que tenía facultades de inspección y apelación sobre las regiones de estatuto bereber. En 1936, después del cambio que en Francia señaló el triunfo del Frente Popular, celebraron los del «Comité de Acción Marroquí» (que ya se llamaban «nacionalistas») su primer congreso público, en Rabat, desde

el 25 de octubre, apuntando un nuevo plan de reivindicaciones, presentado en septiembre al Sultán y al nuevo Residente, que era el general Nogués. En ese Plan se introducían por vez primera peticiones de carácter social, como libertades sindicales para los productores musulmanes, igualdad tributaria, aplicación a los marroquíes de las leyes sociales francesas, etc. En noviembre, grupos de sin-trabajo marroquíes que atravesaban una crisis económica promovieron disturbios para proclamar su deseo de ver realizarse el programa de «Acción Marroquí». Esta fué disuelta en marzo de 1937. Entonces, sus dirigentes se dividieron para fundar dos partidos. La mayor parte entró en el Partido Nacionalista (Hizb Uatani), que tenía por jefe a Al-lal el Fasi, y por secretario a Omar Abdelgalil con el programa estricto de la disuelta «Acción». Con un criterio más contemporizador y cercano a Francia, Mohamed Bel Hasan Uuzani fundó la «Acción Popular» (Al Haraka al Qaumiya). Ambos duraron poco, pues en octubre de 1937, a causa de un incidente local sobre reparto de aguas, en Mequínez, fueron detenidos y a veces deportados fuera de Marruecos dos mil nacionalistas, entre los cuales Al-lal y Bel Hasan.

La tensión internacional europea y después la segunda guerra mundial, establecieron una pausa hasta enero de 1942, fecha en que Roosevelt y Churchill hicieron la Carta del Atlántico, que a continuación adoptaron veintiséis naciones, y cuyo texto (como ya es muy sabido) proclamaba el derecho de cada pueblo a escoger sus libertades, así como su forma de Gobierno.

El 8 de noviembre del mismo año fué el desembarco de tropas norteamericanas en Marruecos, a la vez que Roosevelt dirigió al Sultán un cariñoso mensaje (3). Eso hizo que los nacionalistas reaparesen con nuevos bríos a pesar de la ausencia de sus jefes principales. El 18 de noviembre hicieron en Tánger sus dos partidos citados un «Pacto Nacional» de acción común, al cual se agregaron los partidos «Unidad Marroquí» (Uajda Al Maghrebía) y «Reformista» (Islah) que actuaban en la zona Jalifiana, siendo Ahmed Balafreg el principal instrumento de esa unión. Los fieles al recuerdo del detenido Al-lal cambiaron entonces el nombre de su partido por el «Istiqlal» (que aun conservan en 1951) y comenzaron a extender su influencia en los ambientes palatinos en torno al Sultán. Por último el segundo de enero de 1944 una Comisión, dirigida por Balafreg, presentó un nuevo escrito al

(3) Según dice el hijo de Roosevelt en su libro *Mi padre me ha dicho*.

Sultán, al nuevo Residente Gabriel Puaux, y a los representantes de los Estados Unidos y Gran Bretaña. En él pedían tres cosas: Primero, restablecimiento de un Marruecos independiente, con integridad territorial; segundo, obtener, mediante negociaciones de las naciones interesadas el reconocimiento y la garantía de dicha independencia, pero respetando, dentro del marco de la soberanía marroquí, todos los intereses legítimos de los extranjeros residentes en Marruecos; tercero, pedir la incorporación de Marruecos a la Carta del Atlántico. Para explicar esas peticiones los nacionalistas decían que no se habían cumplido los compromisos estipulados en el Tratado de 1912, que las circunstancias del mundo habían también variado, y que Marruecos quedaba incluida en los principios de la Carta del Atlántico. El Sultán, en una reunión del Consejo de la Corona se mostró conforme con esas peticiones, pero no encontró para ellas el apoyo de los anglosajones. Por lo cual, todo paró en nuevas detenciones de dirigentes, incidentes en Rabat, Salé, Fez, Mequinez Marrakex, etc., proclamación del estado de guerra, y envío de Balafreg, desterrado, a Córcega.

Al mismo tiempo que restablecía la calma el Residente Gabriel Puaux, se ponía a realizar por su cuenta parte de las peticiones mínimas nacionalistas, según el espíritu de las peticiones de 1934 y 1936. Para ello reunió unas comisiones mixtas de expertos franceses y marroquíes en cuestiones de enseñanzas, administración general, justicia y campesinado, previa conformidad del Sultán. Aparte, la creación de un consejo para proteger a los campesinos, la mayor parte de las reformas que aconsejaron las comisiones mixtas no pudieron ponerse en marcha hasta 1946, ya con el Residente Erik Labonne que estableció un programa de industrialización, asociando capitales franceses y marroquíes en diversas empresas de valorización, creó un Ministerio de Instrucción y una Comisión sultaniana de enseñanza, y el 27 de mayo de 1946 dejó volver a todos los jefes nacionalistas detenidos o desterrados.

El año comprendido entre la primavera de 1946 y la de 1947, fué de gran euforia y concordia entre los nacionalistas del partido principal, o sea, el Istiqlal y Francia. Una delegación del Istiqlal residió en París, donde daban conferencias de prensa y recepciones, e incluso abrió allí una oficina que inauguró Al-lal el Fasi, el cual en una recepción del Hotel Claridge declaró que «un Maroc indépendant tendrait la main à la France». Entretanto, Balafreg seguía presentando

sucesivas peticiones, solicitando la independencia, que después podría ser seguida por un Tratado de Alianza con Francia. Todo esto culminó el 10 y el 11 de abril del mismo 1947, con los discursos del Sultán, quien en Tánger dijo, entre otras cosas, que «Marruecos deseaba adquirir sus derechos enteros»; es decir, que pública y oficialmente adaptaba el punto de vista del Istiqlal; la cual produjo la destitución de Labonne, a quien en París se hizo responsable de no haber podido impedir esos discursos.

Con el nuevo Residente, que desde mayo de 1947 fué el general Alphonse Juin, antiguo colaborador del Mariscal Lyautey, desde la Residencia, se ha tratado durante más de cuatro años sucesivos de impedir que el Istiqlal siguiese actuando como portavoz único, aunque sin perseguirle directamente. Para lo cual la fórmula aplicada ha consistido en hacer que participen en la gestión pública todos los marroquíes, sean de la clase que sean. Así el Dahir de 13 de octubre de 1947 creó dos colegios musulmanes electivos para enviar representantes al «Consejo de Gobierno» de Rabat, permitió que en las elecciones del 10 de diciembre del mismo año saliesen entre los 65 miembros marroquíes un 16 por 100 Istiqlal. Así también después de los incidentes de los primeros meses de este 1951, en los que El Glauí, secundado por otros elementos campesinos y conservadores religiosos manifestó su oposición al Istiqlal, la Residencia ha acentuado su empeño en que la representación marroquí del Consejo de Gobierno sea elegida *sur des bases très sensiblement élargies*. A la vez se proyectan por el general Juin y sus colaboradores tres reformas que el Secretario general del Protectorado francés, M. Pierre Baraduc, hacía enumerar así: Primero, celebración de elecciones municipales libres en las ciudades más importantes; segundo, organización de los trabajadores marroquíes en sindicatos; tercero, unificación de escuelas y sistemas de enseñanza. En líneas generales esos tres puntos coinciden con alguna de las reivindicaciones iniciales de los nacionalistas, y, sin embargo, el 1 de julio de este año el Sultán rehusó firmar el Dahir que había de poner en vigor la reforma municipal (4).

Este rápido repaso de algunas etapas esenciales del nacionalismo entre 1930 y 1951, se ha puesto sólo como largo ejemplo significativo para hacer ver cómo, en líneas generales, hasta ahora el nacionalismo

(4) Respecto a los hechos recientes, ver las «Crónicas del mundo árabe» de los núms. 12, 13, 14 y 15 de estos CUADERNOS AFRICANOS.

en la extensa zona francesa o sultaniana ha seguido una trayectoria basada en los primeros pasos del tiempo de Lyautey. Los elementos más jóvenes nacidos en el seno de los cuadros tradicionales de aquel *Etat* y aquel *peuple* de que hablaba el mariscal, después de haber comenzado a ser formados en escuelas selectas se encontraban con que al ir a aplicar su formación, ya tan francesa como árabe, se habían implantado nuevas fórmulas que eran o parecían ser de tipo colonial, por lo cual ellos se convirtieron en un núcleo de permanente oposición. Pero obsérvese bien que esa oposición se ha hecho más veces invocando principios franceses como los «Derechos del Hombre», y otros textos de juristas europeos de varias clases, así como textos de los tratados internacionales vigentes o de la O. N. U. Es decir, que el origen de esa oposición no es xenófoba, ni fanática, ni tiene nada que ver con el comunismo ni otras acciones externas análogas, sino que ha surgido de una crisis de crecimiento producida cuando al llegar a la mayor edad las generaciones educadas a la moderna, se han encontrado con que no había bastante sitio para ellas, y por eso han pensado que deberían hacerse cargo de toda la administración estatal. Frente a este deseo, alguna revista dedicada al estudio de temas coloniales, ha podido decirles que entre ellos había *maints esprits brillants mais peu de techniciens*. Aunque la misma revista reconociese a continuación que eso se debe a que ha faltado tiempo para completar la evolución y preparación de las generaciones. Aunque eso se va remediando de prisa con instituciones como la nueva Escuela de Administración para marroquíes, que funciona con éxito. La progresiva marroquización de los cuadros técnicos burocráticos nuevos se considera, pues, como una medida esencial para restablecer el equilibrio y la adaptación.

Respecto a dicha marroquización, hay que referirse a la segunda realidad objetiva después de la anteriormente recordada, del origen «occidental de la oposición». Esta segunda es la de la «élite», la minoría selecta. Se trata de que son la mayor parte de los nacionalistas no sólo una selección por su carácter de primeros antiguos alumnos de los colegios franceses orientales y españoles, y también muchas veces proceden de la más culta, educada y acomodada burguesía urbana de las grandes ciudades. Ese carácter de minoría y jerarquía a la vez ha hecho, naturalmente, que ellos se consideren como destinados a ser los directivos y guías de su pueblo entero, a la vez que algunos elementos franceses, que proceden de una forma-

ción colonial, les niegan, por ser pocos, el derecho a hablar en nombre de Marruecos. Y parece lógico que desde distintos puntos de vista ambos sectores extremos hayan creído tener la razón.

La consecuencia principal de las dos realidades anteriores es que no pueden hacerse juicios demasiado apresurados sobre la evolución del pueblo marroquí, sea en lo referente a sus tendencias patrióticas, sea en la de su integración más o menos grande dentro de un sistema francés definitivo, mientras las polémicas sean, como ahora, entre elementos afectos al Palacio y elementos afectos a la Residencia. Hasta ahora las masas marroquíes, el pueblo numeroso y disperso del campo, no ha expresado más que en casos aislados su opinión sobre esos problemas de teoría y práctica del Protectorado. Acaso lo han hecho porque el campo vive en un ambiente conservador y estrictamente musulmán, al que los temas de los grupos de notables y ciudadanos modernizados le son ajenos. Los problemas marroquíes sólo los resolverá la incógnita del campo cuando éste llegue a tomar una trayectoria política general.

Acaso el elemento que haga despertar al campo sea el de los ochocientos mil campesinos que han ido estableciéndose en las ciudades, especialmente las de la costa, y en los centros mineros o fabriles. La octava parte de la población de los cabileños, antes aislados en sus estrechos círculos familiares y geográficos, se agolpan ahora en los antiguos conglomerados de latas y chozas, que poco a poco se convierten en barrios de casitas blancas; mientras los que fueron hombres y mujeres de tribus se fijan allí, arraigan, se mezclan, producen nuevas generaciones de niños, naciendo y creciendo en los «bidonvilles» y los «derbs». Un enorme proletariado urbano está naciendo, el cual comienza a constituir un elemento macizo que responde a un tipo único. Este es el hecho que altera más profundamente todas las realidades geográficas, económicas, políticas y humanas de Marruecos. De él pueden depender, como antes hemos apuntado, los destinos del país, puesto que es, a la vez, urbano y rural, modernizado por su trabajo y tradicional por su estilo de masa de «umma», de comunidad sin matices. Esa masa proletaria de los bordes de las ciudades produce también otro efecto sensacional, que es el de anular todo intento de diferenciación entre los llamados «árabes» y los llamados «bereberes». En realidad, tal diferenciación ha sido siempre convencional, puesto que la verdadera diferencia entre unos y otros era la de los idiomas que empleaban, por lo cual lo exacto era decir

«arabófonos» y «berberófonos», ya que en todos las dos sangres están mezcladas, aunque sea en proporciones variadas. Pero la creación de los nuevos núcleos humanos urbanos es lo que más rápidamente crea el tipo de un marroquí uniforme, en el cual se funden, junto con lo berebere y lo árabe, otros elementos hispanomusulmanes y negros.

Esto del nuevo proletariado marroquí, en el crisol donde se funden razas, tribus y siglos, es sólo una faceta (aunque la más interesante) del verdadero problema marroquí, que es el de observar un país que de un salto se ve obligado a pasar desde el siglo XV a la mitad del XX, lo cual produce una embrollada confusión entre las generaciones, las clases sociales, la vida de los dos sexos, las técnicas del trabajo, etc. Entre todo este embrollo, lo único cierto es que el marroquí necesita, a la vez de lo moderno y lo tradicional, de la cultura árabe y otra francesa, anglosajona y española, pues en su encrucijada actual no puede prescindir de la primera, que es el corazón de las otras dos, que son el cerebro, o de la última, que es corazón y cerebro a la vez. De esa doble o triple necesidad surge la esperanza de que incluso en los temas de mayor oposición, como es la del Istiqlal con la Residencia, haya posibilidad constante de arreglo, puesto que ambas partes quieren muchas veces las mismas cosas, aunque por distintos caminos. Así, Residencia e Istiqlal han proyectado igualmente Parlamento, Sindicatos, enseñanza unitaria, Ayuntamientos, creación de Cuerpos de funcionarios marroquíes, etc., etc., aunque difieren en los matices y los objetivos. Así, por este camino de las coincidencias de proyectos de organismos y servicios, el lema «ni vainqueurs ni vaincus» puede ser la fórmula casi mágica para acabar con las crisis marroquíes, que en lo esencial son casi siempre problemas de amor propio y dignidad recelosa, y parece lógico que teniendo España, en el ejercicio del Protectorado, enlaces diferentes, pero ambos ciertos y amistosos, con marroquíes y con franceses, viendo desde Madrid la cuestión con facilidad objetiva impersonal, no quede otro camino que desear la fórmula de concordia, ya que una zona francesa revuelta perjudica los intereses comunes de todos.

RODOLFO GIL BENUMEYA